

Todo Chéjov

Ariel González Jiménez

Aunque falleció a una edad temprana para un escritor, Antón Chéjov, quien también incursionó en la novela y la dramaturgia, dejó tras de sí una obra numerosa en el terreno de la ficción breve. La editorial española Páginas de Espuma se ha dedicado a la gigantesca labor de publicar todos los cuentos del gran autor ruso en cuatro tomos, de los que acaba de aparecer el segundo.

I

En su maravilloso relato “Tres rosas amarillas”, Raymond Carver recrea los últimos días de Chéjov, específicamente su llegada a un balneario en Badenweiler, Alemania, en compañía de su mujer, la actriz Olga Knipper.

La madrugada del 2 de julio de 1904, tras una crisis de tuberculosis, un mal que lo aquejaba desde muy joven, el autor de “El pabellón número 6” moría, no sin antes beber dos tragos de la champaña que el doctor Schwohrer había mandado pedir a la administración del hotel, en un gesto de enorme sabiduría médica.

Frente al cadáver y esperando a que amaneciera, Olga pasó unas horas que Carver imaginó cruzadas por escenas como esta: “Fue entonces cuando el corcho saltó de la botella. Se derramó sobre la mesa un poco de espuma de champaña. Olga volvió junto a Chejov. Se sentó en un taburete, y cogió su mano. De cuando en cuando le acariciaba la cara. ‘No se oían voces humanas, ni sonidos cotidianos —escribiría más tarde—. Sólo existía la belleza, la paz y la grandeza de la muerte’”.

La muerte de Chéjov alcanzó así la dimensión de un cuento de Chéjov. En cierto sentido, no podía ser de otra forma: toda su vida y su obra se apegan a un tono suave, capaz de contener las más grandes alegrías y tristezas, sin aspavientos. Y eso es lo que hace que una y otra vez volvamos a sus cuentos como si bebiéramos (tranquilamente) una copa de champaña frente a los acontecimientos más terribles o placenteros.

Por lo mismo, pareciera que nunca se lo termina de leer, de editar o traducir. Antón Pávlovich Chéjov siempre tiene algo nuevo que decirnos, algo que proponer a la interpretación de eso que nos sucede y llamamos vida, algo para hacernos pensar sobre nuestros sueños, amores, pequeñeces, odios, angustias, deseos y temores.

Como ocurre con todo clásico, periódicamente es preciso reinventar su acercamiento con los lectores. Con cualquier pretexto, o sin él, es preciso retraducirlo para adecuar su voz a los tiempos que corren y a la mirada de las nuevas generaciones, reordenar sus trabajos, subsanar deficiencias o enmendar errores de ediciones previas, integrar nuevas perspectivas o simplemente volverlo a publicar porque se entiende que siempre un libro suyo es imprescindible.

Estos emprendimientos editoriales suelen ser titánicos. Paul Viejo ha preparado para la editorial Páginas de Espuma cuatro volúmenes formidables con toda la obra cuentística de Chéjov, el primero de los cuales apareció en 2013. El proyecto lo ha descrito Paul Viejo del siguiente modo:

Conoceremos a Chéjov en cuatro volúmenes ordenados cronológicamente, que empiezan en este mismo con la “Carta a un vecino erudito”, que fue el primero de los cuentos suyos, y terminan allí a lo lejos, en el cuarto, con “La novia”, que fue el último, y cuando este acabe vendrán un buen número de inconclusos, inéditos y dudosos, atrapados en un apéndice. Cuatro volúmenes que reunirán



Antón Chéjov en un retrato de Osip Braz, 1898

no sólo todos los cuentos, sino también a todos los traductores, o casi todos, que se han ocupado de Chéjov, los que mejor conocen a Chéjov, de varias generaciones, de varios acentos, de español variado y ruso variado, como el de Chéjov. Cuatro volúmenes donde se irá apuntando la historia de estos cuentos, todos los datos, todas las fechas, casi todas las anécdotas y pequeñas introducciones que nos vayan explicando cómo se publicaron los cuentos, qué pasó con sus libros, cuáles las revistas, dónde los éxitos, hasta qué punto los fracasos. Cuatro volúmenes para ordenar, por fin, a Chéjov. Cuatro volúmenes para leer, por fin, a Chéjov de arriba abajo y desde cerca. Cuatro volúmenes de *Cuentos completos*. Para conocer a Chéjov.

No es poco lo que Paul Viejo nos ofrece. Es, ni más ni menos, que un Chéjov total, al menos en lo que hace a su obra cuentística, sin duda ingente y la más brillante. Aunque debo decir —en contra de las voces que no le atribuyen mayor valor al resto de su obra— que una vez que se reconoce la maestría de Chéjov en el relato breve, es imposible no hacerlo como dramaturgo y novelista.

Al mostrar en su teatro la vida como es, plantea lo que la crítica dio en llamar la *acción indirecta* (mientras sus personajes parecen no hablar sino de cosas vanas o superficiales, en el exterior es donde ocurren las cosas, haciendo que todo cobre otra dimensión).

Mejor que ningún otro —observó Stanislavsky en torno del estreno de *La Gaviota*—, las piezas de Chéjov rebasan la acción y movimiento, pero no lo exterior, si no en su desenvolvimiento interno: él demostró que la acción escénica debía concretarse en el sentimiento interior; él nos llevó a profundizar en la vida de las cosas, de los sonidos, de la luz, todo lo cual, lo mismo en el teatro que en la vida real, ejerce una influencia enorme en el alma humana.

Pero, ¿no es esto mismo lo que ya había conseguido a través de sus cuentos? La intensidad literaria, propia del género, desde luego varía; sin embargo, en cada uno de sus relatos está ya instalado ese sencillito mecanismo que explora la vida con gran profundidad.

Así que la oferta de Paul Viejo empezó a materializarse en ese primer volumen (coeditado en México por Colofón) que abarca de 1880 a 1885, donde vemos al joven escritor cobrar forma, asumir su voz y tener sus primeras salidas con la que él decía que era su amante, la literatura (la medicina era considerada su esposa).

Incluso vemos al escritor venciendo la timidez que lo había llevado al pseudónimo o al anonimato (firmaba “V”, “Antón Ch”, “El hombre sin bazo” o como “Antosha Chejonté”, el que más usó) y firmar su cuento “El mar”, de 1883, por primera vez como Antón Chéjov.

Pero sobre todo, entre 1880 y 1885, vemos el despertar, vigoroso y vital, de un enorme escritor que empezó cobrando cinco kopeks la línea y que hacia 1884 publica su primer libro de relatos.

Un escritor a contracorriente, que escribe en los momentos libres, en una casa ruidosa: “Su hermano Alexander —escribe Natalia Ginzburg— llegaba borracho e insultaba a la hermana y a la madre; Nikolai también regresaba borracho tras varios días de ausencia, en los que nadie sabe dónde se metía; venían los parientes con niños pequeños. Chéjov no disponía de un rincón para él solo”.

De este periodo datan algunos de sus cuentos más importantes como “La muerte de un funcionario”, si bien es cierto que no son los más famosos como “La dama del perrito”. Pero es un hecho que los lectores ya lo amaban y esperaban con ansiedad cada una de las piezas que conforman este primer volumen. Incluso ya tenía lectores de calidad como Gorki o el mismo Tolstói, que se hicieron de inmediato incondicionales suyos.

II

Tolstói, como se sabe, despreciaba el teatro de Chéjov; en cierta ocasión le dijo: “Detesto a Shakespeare, pero las comedias que usted escribe son todavía peores”. Sin embargo, adoraba sus cuentos.

En todo caso, en este periodo ya tenemos formado y completo al escritor capaz de hacernos reflexionar profundamente sin apelar abiertamente a la filosofía ni a la historia ni a las ciencias, sino a las cosas aparentemente más simples de la vida. De ahí que Gorki dijera que Chéjov “era capaz de revelar el humor trágico presente en el tenue mar de la banalidad”. Sí, de las cosas diarias, acaso ínfimas, Chéjov extrae toda la complejidad de la existencia o todo su ridículo; todo lo cómico y toda la melancolía caben en estos primeros relatos.

Dice Natalia Ginzburg:

si en los cuentos cómicos la risa nacía junto con un frío estremecimiento, en los cuentos más serios la emoción y el dolor nacían de una atmósfera inclemente y fría, que cortaba la respiración, como el aire cuando nieva. Y si el lector derramaba alguna que otra lágrima, el escritor tenía siempre los ojos secos. Además, los personajes de sus cuentos ofrecían sin cesar comentarios, juicios, observaciones, opiniones. El escritor no ofrecía comentario alguno. No daba la razón a nadie ni se la quitaba. Así era Chéjov en sus primeros relatos y así fue en los últimos. Un escritor que nunca hacía comentarios.

Los años que contempla este primer volumen de cuentos completos de Chéjov son los mismos en los que nuestro autor amplía sus miras, gana en extensión y temáticas, contrae la tuberculosis, deja la medicina y se va para siempre con su amante, la literatura.

También se da tiempo, por esta época, de escribir una novela, *Un drama de caza*, quizá —según Sergio

Pitol, su traductor al español— la primera novela policiaca rusa.

Es el primer Chéjov, pero es ya Chéjov por todos los costados. Son los primeros años que anuncian toda la inmensidad de su obra, ese propósito “humilde”, como él decía, que nos ha permitido a través de sus cuentos echar un vistazo a nuestras vidas y ver cuán ridículas y desastrosas pueden ser.

III

Aunque todos tenemos o hemos tenido los cuentos de Chéjov a la mano, es decir, en español —en malas o buenas traducciones, en grandes o pequeñas ediciones— nos faltaba desde hace tiempo una versión actual y completa de los mismos. Por eso, la empresa de Paul Viejo de traernos de nueva cuenta al más íntegro Antón Pávlovich Chéjov es uno de esos acontecimientos editoriales francamente memorables.

La gigantesca labor planeada por Paul Viejo ha llegado así a su segundo tramo [Antón P. Chéjov, *Cuentos completos (1885-1886)*, Páginas de Espuma, 2015], donde nos ofrece los relatos escritos por este gigante de las letras en esos dos años que no parecen representar gran cosa pero que son cruciales para comprender su cuentística, a través de joyas como “La broma” o “Vanka”.

Es la obra de un hombre de apenas 25 o 26 años entregado febrilmente a la producción literaria, produciendo dos o tres piezas a la semana por un salario de tres rublos: “redacta y redacta y redacta, hasta la exaspera-



Foto de familia de los Chéjov, Taganrog, Rusia, 1874

ción, todo lo que le encargan, pero también todo lo que él mismo necesita que le encarguen...”.

Con esta carga de trabajo autoimpuesta, Chéjov madura aceleradamente; se forja un estilo y un carácter al punto de que consiga culminar proyectos de enorme complejidad como *Un drama de caza*, pieza que por cierto viene a representar en la recopilación de su trabajo de este periodo hecha por Viejo un *drama* de clasificación: desencaja obviamente del conjunto de cuentos, pero también, como apunta Viejo, “sería difícil establecer si lo que Chéjov ha construido es un relato de género muy concreto —llámese policial, criminal, negro, detectivesco, como se quiera— o si prácticamente lo contrario”.

Por otra parte, resulta que en el terreno de las fechas a las que se ciñe este segundo volumen (1885-1886), *Un drama de caza* viene a ser anterior: todo indica que lo comenzó en 1883 y lo terminó probablemente en 1884, en medio de no pocas dificultades.

Siendo una obra tan rica, que nos habla tanto del porvenir de Chéjov como escritor, vale la pena recordar la forma en que la presentaba el supuesto editor de la misma:

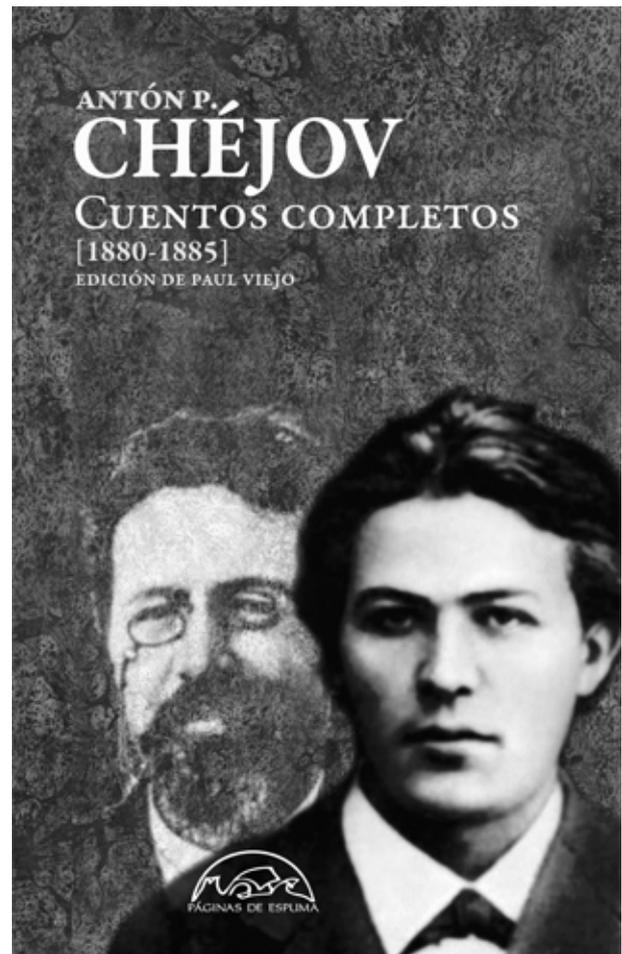
Esta novela no tiene nada de notable. Algunos pasajes son muy largos y la narración es muy desigual. El autor recurre demasiado a frases efectistas. Es evidente que escribe por primera vez y su pluma no es muy diestra. Pero el relato se deja leer con facilidad. Tiene una trama, un sentido oculto y, lo que es más importante, es original, muy característico, y, por ciertas razones, sui géneris. Con todos sus defectos, tiene algunos valores literarios...

En realidad es Chéjov hablando embozada y modestamente de Chéjov, un joven que apenas rebasa los 25 años y que acaso ya lleva sobre sus hombros la certeza de ser uno de los más importantes pilares de la literatura rusa.

IV

Nuestro héroe literario es la contrapartida de aquellos escritores exquisitos y quejumbrosos que sencillamente no pueden trabajar a contrarreloj, presionados por un editor o en ambientes adversos. El joven Chéjov establece semanalmente un *handicap* contra su imaginación e incluso sus capacidades físicas, demostrando que se puede ser el mejor desde el trabajo contratado (*obligado*) y no sólo desde la libertad ganada.

En 1885 —nos informa el editor de estos *Cuentos completos*—, el mayor número de colaboraciones de Chéjov continuaba siendo para la revista *Fragmentos*, dirigida por



Nikolái Leikin, que suponía para Chéjov al mismo tiempo una fuente sólida de ingresos, con lo que eso le podía tranquilizar económicamente, y por otra, también, cierto grado de esclavitud, no tanto por el ritmo de publicación, como podría pensarse, sino por las ataduras y limitaciones que podía suponer a su obra.

Después se las arreglará para colaborar simultáneamente en la *Gaceta de San Petersburgo* y luego en *Tiempo Nuevo*, lo que supuso un impulso renovado para su carrera. De cualquier modo, tenemos siempre a un escritor aventajado, que no le teme jamás a esa gran tontería que sólo los escritores bisoños creen enfrentar: “la página en blanco”. Como si supiera que no llegará ni a la cincuenta, apura todo cuanto puede aceptando las prisas ajenas y propias, sin padecer mayormente el no construir navíos gigantescos como *Guerra y paz* o *Los hermanos Karamazov*. No obstante, sus naves, pequeñas y frágiles como la vida misma, son veloces y por supuesto pueden recorrer también aguas profundas sin desbaratarse.

Al arrancar 1885, el médico Chéjov ha mejorado sustantivamente la situación de su familia (de la que él había tomado las riendas desde más joven). Tiene muchos pacientes, aunque a los más pobres los atiende gratis; compran, según su biógrafa Natalia Ginzburg, muebles y alquilan una casa en Babkino. Ya ha tenido alguna crisis de tuberculosis, pero le resta importancia.

Tiene forma de endeudarse y meses después se va con sus hermanos a Moscú. Viaja a San Petersburgo y empieza a colaborar en *Tiempo Nuevo*, dirigida por Alexéi Suvorin. “Se decía de él que era astuto, cínico, oportunista, falto de escrúpulos. Su diario era reaccionario”, anota Ginzburg, lo que no impidió que se hicieran muy buenos amigos.

La carta que recibió de Grigórovich, en febrero de 1886, resultó una de las grandes satisfacciones de la temporada: “Tiene usted verdadero talento, un talento que lo coloca por encima de todos los escritores de la joven generación”.

Aun así, los altibajos son la constante. Se muda nuevamente de casa, esta vez al centro de Moscú, donde nuevamente las deudas lo llevan a empeñar algunas cosas y a pedir un préstamo al editor Leikin. Y sigue trabajando sin parar. Es una maquinaria literaria infatigable cuyo delicado engranaje, cada vez más perfecto, puede ser apreciado claramente en este segundo volumen de sus *Cuentos completos*. No está aquí todavía la genialidad de “El beso”, pero sí relatos inolvidables como “La broma” o “Vanka”, porque desde luego ya está presente, en esa maduración rápida que él mismo se ha exigido y alcanzado, todo su universo característico.

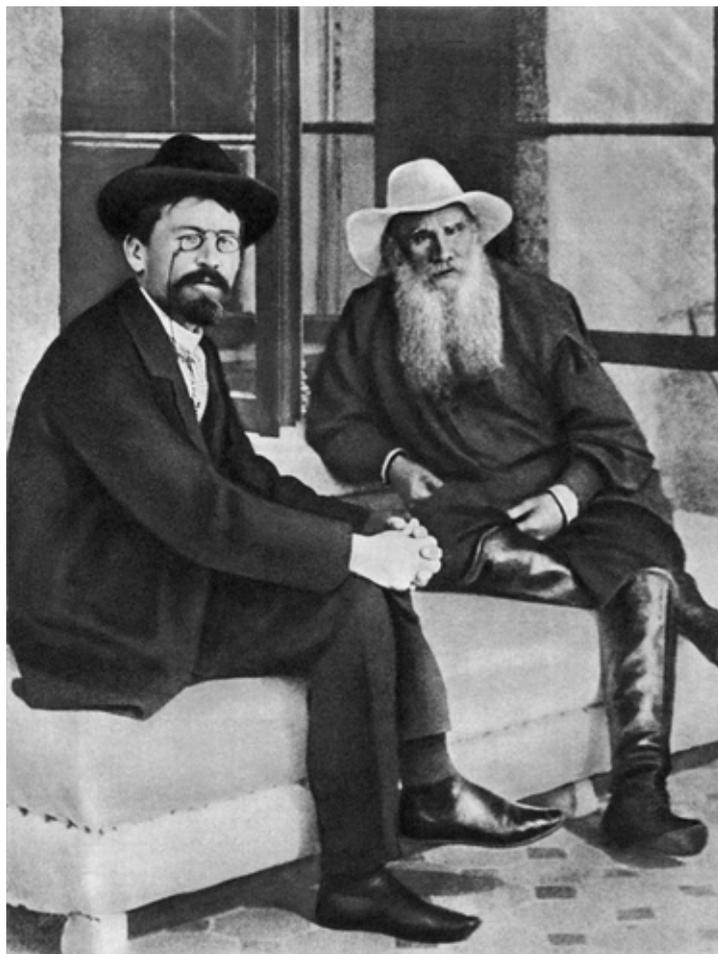
Sus personajes, como dice Vlady Kociancich,

realmente viven como pueden. A los buenos y los malos, a los ciegos y a los lúcidos, a los poderosos y a las víctimas, se los lleva la corriente de la vida cotidiana, en la misma hojarasca de ambiciones, amores, alegrías y tristezas. Para todos sale y se pone el sol. Chéjov escribe sobre la vida sin mayúsculas. La vida descartable, escuálida o glotona que su cronista nunca juzga. Porque a pesar de toda la miseria que hay en la condición humana, que Chéjov vio y narró con sencillez, uno siente que nos quería.

V

Aunque conoció, como hemos visto, el reto del teatro y la ambición de la novela, Chéjov fue sustancialmente un cuentista. Y nunca dejó de tener una gran conciencia de su arte. “En los grandes momentos de una literatura —como supo ver el escritor y editor Elio Vittorini—, siempre ha habido un Chéjov, es decir, alguien que renuncia a la novela y a cualquier forma de representación o interpretación explícita de su época para llegar hasta el fondo de las almas particulares de los vencidos de la época, los aislados del desbarajuste y la tempestad”.

Chéjov pertenece a esa estirpe de gigantes que por lo visto no podía nacer más que en la Rusia decimonónica, pero con una carga de futuro infinita. A pesar de que él representa supuestamente al autor que no parece interesarse en el devenir histórico, ni en el debate polí-



Antón Chéjov con León Tolstói, 1901

tico de su tiempo, nos da a conocer las angustias, miserias y preocupaciones de un pueblo que vivirá, como pocos, la ansiedad y pesadilla del cambio revolucionario.

Le gustaba repetir que “los rusos adoran su pasado, odian su presente y temen el futuro... Qué triste puede ser si olvidamos que el futuro que tememos gira lentamente dentro del presente, que odiamos, y del pasado que adoramos”.

De algún modo, acaso sin ningún propósito, sabía que la gran historia de las naciones anida igualmente en la vida cotidiana de las personas.

Porque me parece que todo el pueblo ruso, del que él no habló nunca en un ensayo histórico, pueda reflejarse nítidamente en el personaje de su cuento “El estudiante”: “Una súbita alegría agitó su alma, e incluso tuvo que pararse para recobrar el aliento. ‘El pasado —pensó— y el presente están unidos por una cadena ininterrumpida de acontecimientos que surgen unos de otros’. Y le pareció que acababa de ver los dos extremos de esa cadena: al tocar uno de ellos, vibraba el otro”.

Esa es la enorme capacidad que tiene Chéjov, el contundente poder de su literatura, para captar en una existencia minúscula el inmenso engranaje del movimiento histórico, el final y el comienzo de las grandes épocas. Todo ello sin ir más allá de unos cuantos acontecimientos, nimios se diría, que transforman para siempre nuestra visión de todo cuanto tiene valor en la vida. **U**